

UNA SENSACIÓN DEL PECADO PERDONADO

Volumen 6 – Sermón No. 316

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 20 DE MAYO DE 1860,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL EXETER HALL, STRAND**

***“Echaste tras tus espaldas todos mis pecados.”
Isaías 38:17***

Ezequías habla aquí positivamente sobre un asunto acerca del cual no tenía ni la más remota sombra de duda. Había confiado en su Dios, se había encomendado al mérito del Mesías prometido, y como resultado de esa fe le había sido concedida la seguridad, y ahora canta con lenguaje inquebrantable: "Tú", Tú, oh Dios, Altísimo y Justísimo, "Tú has echado todos mis pecados", por grandes e innumerables que sean, Tú los has echado todos "a tus espaldas".

Oh, qué cosa tan gozosa es tener un rayo de sol celestial en el alma, y oír la voz misma de Dios mientras camina en el jardín de nuestras almas en el fresco del día, diciéndonos: "Hijo, tus muchos pecados te son perdonados". El susurro de esa voz celestial puede elevar nuestro corazón a una dicha casi divina, confiere un gozo que no puede ser igualado por todo el maíz y el vino, y todos los placeres que las riquezas y los goces de este mundo pueden ofrecer.

Recibir el beso divino de la aceptación, vestirse con la mejor túnica, llevar el anillo en la mano y los zapatos en los pies, oír la música y la danza celestiales con que se da la bienvenida a los príncipes que regresan a la casa de su Padre: ésta es, en verdad, una dicha que vale mundos.

Mis queridos hermanos, hay algunos que eligen detenerse en gran medida en su ministerio sobre tales goces como éstos, que conciernen a la experiencia del hijo de Dios, pero me temo que hacen de ello el objeto principal de su predicación, para promover un sistema de esquemas y sentimientos. Por otro lado, hay otros hermanos que insisten constantemente en la doctrina de la salvación por la fe, y sólo por la fe, pero casi se olvidan de testificar de la experiencia que es el resultado de la fe.

Ahora bien, ambos hombres yerran, sin duda, pero no obstante, su error se funda en un deseo consciente de hacer avanzar la verdad. El hermano que predica la experiencia e insiste en ella, teme que alguien posea una fe ficticia que no sea la fe de los elegidos de Dios. Por lo tanto, predica la experiencia como una prueba y una piedra angular por la cual puede probar a los espíritus si son de Dios.

Por otra parte, nuestro otro hermano que trata de la fe y no de la experiencia, teme que los hombres hagan un Dios de sus sentimientos, y que descansen en su experiencia y no en la cruz de Cristo. Está ansioso por mantener en su claridad el hecho de que somos salvos por lo que Cristo experimentó, y no por lo que nosotros sentimos, la gran verdad de que somos redimidos por la preciosísima sangre de Cristo, y no por ninguna experiencia nuestra, que tal vez se pasa de la raya, y olvida que donde hay fe habrá experiencia, y donde hay una verdadera experiencia debe haber habido una fe real.

Permítanme, entonces, sólo dedicar un momento a tratar de mostrar cómo estas dos verdades se encuentran realmente: una experiencia divina y una fe única; sentimientos necesarios y gozosos, y, sin embargo, una confianza más necesaria y pura en Cristo. El hecho es que somos salvos por fe, y no por sentimiento. "Andamos por fe y no por vista".

Sin embargo, hay tanta conexión entre la fe y el sentimiento sagrado como entre la raíz y la flor. La fe es permanente, así como la raíz está siempre en la tierra, el sentimiento es casual y tiene sus estaciones. Así como el bulbo no siempre brota del tallo verde, mucho menos está siempre coronado por la flor de muchos y variados colores.

La fe es el árbol, el árbol esencial, nuestros sentimientos son como la apariencia de ese árbol durante las diferentes estaciones del año. A veces nuestra alma está llena de flores, y las abejas cantan agradablemente, y recogen miel dentro de nuestros corazones. Es entonces cuando nuestros sentimientos dan testimonio de la vida de nuestra fe, como los brotes de la primavera dan testimonio de la vida del árbol.

Al poco tiempo, nuestros sentimientos cobran aún más vigor, y si llegamos al verano de nuestras delicias, tal vez de nuevo comencemos a marchitarnos hasta convertirnos en la hoja amarillenta y apagada del otoño, es más, a veces el invierno de nuestro abatimiento y desesperación arrancará todas las hojas del árbol, y nuestra pobre fe quedará como un tallo apagado sin una señal de verdor.

Y sin embargo, hermanos míos, mientras el árbol de la fe esté allí, somos salvos. Ya sea que la fe florezca o no, ya sea que produzca frutos gozosos en nuestra experiencia o no, mientras esté allí en toda su permanencia, somos salvos.

Sin embargo, tendríamos la razón más grave para desconfiar de la vida de nuestra fe, si no floreciera a veces con gozo, y a menudo no produjera frutos de santidad.

La experiencia, si puedo hablar así, es como un reloj solar. Cuando deseo saber la hora del día con mi espíritu, lo miro. Pero entonces debe brillar el sol, o de lo contrario no puedo saber por mi reloj solar cómo y dónde estoy. Si una nube pasa por delante del rostro del sol, mi reloj me sirve de poco, pero entonces mi fe sale a relucir en toda su excelencia, pues mi fe atraviesa la nube y lee el estado de mi alma, no por el parasol del reloj, sino por la posición del sol en los cielos mismos.

La fe es algo más grande y grandioso que toda experiencia, menos voluble, más estable. Es la raíz de la gracia, y éstas no son más que las flores, los gérmenes, los capullos. Sin embargo, no hablemos en contra de las experiencias, valorémoslas, porque es algo grandioso sentarse al sol de la presencia de Dios, es algo noble comer las uvas de Escol, aunque estemos en el desierto.

Es cierto que hay una mayor grandeza en creer que el cielo es mío cuando no puedo ver ninguna evidencia de ello, pero es una cosa más dulce...

***"Leer mi nombre claramente
en las mansiones en los cielos".***

Me referiré ahora a un punto de la experiencia que parece destacarse en nuestro texto, a saber, la bendita experiencia de la conciencia del perdón, el sentido del amor perdonador derramado en el alma. Veré mi texto de dos maneras. Hay dos clases de perdón que Dios da, y es muy necesario distinguir entre ellos.

En primer lugar, hablaré de la conciencia de perdón que disfruta el hombre como pecador perdonado. Cuando lo haya hecho, hablaré de esa otra conciencia de perdón, más fiel a mi texto, más íntimamente conectada con él, un sentido de perdón disfrutado por el hombre, no como un pecador, sino como un niño, un niño perdonado que sabe que ya ha sido perdonado por el Juez, pero que ahora sonríe al saber que también es perdonado por el Padre.

I. Primero entonces, permítanme hablar de ***un sentido de perdón como dado por Dios al pecador.***

No debemos esperar este sentido de perdón antes de venir a Cristo. Al alma que se ve perdida, arruinada y desnuda, la Palabra de Dios le ordena que se confíe, tal como es, en las manos de Cristo.

La fe obedece ese mandato, y sin un atisbo de alegría interior, entrega el alma, toda temblorosa y estremecida de miedo, en las manos de Cristo, como en las manos de un Redentor todo amor y todo poder.

Lo repito, no debemos detenernos por un sentido de perdón hasta que hagamos esto. La fe es nuestro deber, y la sensación de perdón es nuestro privilegio. Primero debemos obedecer, y luego recibir la recompensa. Yo, sintiendo que estoy completamente deshecho, y que no hay razón en mí mismo por la que debería haberme salvado, me arrojo a los pies de la cruz de Cristo, y le confío a Él mi vida eterna. Como resultado de ello, Dios derrama después en mi alma, por su libre gracia y por medio de su Espíritu, un testimonio infalible que me prueba que fui perdonado en aquella misma hora en que me uní a Cristo y confié mi alma en Sus manos.

Ahora bien, esta conciencia del perdón incluye muchas cosas, aunque no es igual de amplia en todas las almas. En algunas personas no instruidas, que saben muy poco de la Escritura, toda la conciencia que ellas disfrutaban es esto: que el pecado ha sido perdonado. Sienten en sus almas que todo pecado que haya sido registrado en el libro de Dios, ha sido borrado de una vez por todas.

Junto con esto son liberados del terror y el espanto que una vez pesaron sobre sus espíritus. La pesadilla se ha ido, esa enorme aparición que los atormentaba, la conciencia de su culpa, ha desaparecido y ha sido depositada en el Mar Rojo de la sangre de Jesús, a salvo para siempre. Pero como son ignorantes y carecen de instrucción, no son conscientes de más que esto, la suma total de sus alegrías reside aquí: que el pecado ha sido perdonado, que la ira de Dios ha sido quitada y que ahora no se hundirán en el pozo del infierno.

Sin embargo, si el Espíritu Santo se complace en mostrarles más en este momento, tienen conciencia de que Dios los ama. Están seguros de que Jehová los mira como Sus favoritos, como aquellos a quienes ha dado una gracia especial con amor. Ellos, entonces, en ese mismo momento, comienzan a leer nombre en las bendiciones del pacto. Ven que todas las cosas son suyas porque son de Cristo, y que puesto que no hay condenación, debe haber toda bendición concedida por el mismo acto que quitó la sentencia condenatoria.

A veces sucede también, que este sentido de perdón se inflama hasta que excede los estrechos límites del tiempo, hasta que el espíritu no sólo está seguro de que está reconciliado con Dios y que su vida está ahora segura, sino que ve el cielo mismo como a poca distancia, comienza a darse cuenta de su propio título imprescriptible a la herencia de los santos en la luz; es más, en la hora del perdón he conocido a veces al espíritu libertado por la fe, caminar por las calles doradas, y poner su dedo en las cuerdas de la gloriosa arpa de alabanza celestial.

No se sabe cuán amplio puede llegar a ser a veces este sentimiento de perdón. Puede abarcar una eternidad pasada, recibiendo su elección, una eternidad venidera, sosteniendo su gloria. Puede ir a las profundidades del infierno y ver los fuegos apagados para siempre, o subir a las glorias del cielo y ver que todos estos esplendores le son dados para ser suyos. Y sin embargo, como he dicho antes, no es así en todos los casos, porque con muchas mentes no instruidas, el único sentido de perdón que obtienen, es una eliminación del terror, y una convicción segura de que todos sus pecados son perdonados.

Pero dirá alguno: "¿Cómo viene este sentido del perdón? ¿De qué modo y forma?" Respondemos, viene de diferentes maneras y formas. Muchos hombres reciben la conciencia del perdón en un instante. Tal vez estaban leyendo la Palabra de Dios, y algún texto pareció como si se levantara de entre sus compañeros, iluminado con fuego celestial, y vieron ese texto impreso en sus propios corazones.

Como este: "Venid ahora, y estemos a cuenta. Si vuestros pecados fueren como la grana, vendrán a ser como blanca lana; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser más blancos que la nieve". O como este: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero".

El hombre que antes dudaba, lleno de melancolía y abatimiento, en un minuto todo es luz, y vida, y alegría en su corazón. Si hubiera podido pasar del infierno al cielo con un solo paso, el cambio en su alma no podría haber sido más manifiesto y claro. De ser una carga pesada, de repente se ha vuelto ligero de alma; de ser negro de pies a cabeza, llega a verse lavado hasta estar completamente blanco, y de pie en la vestidura nívea de la justicia del Salvador.

En otros, este sentimiento de perdón crece más lentamente. Comienza con un débil destello de esperanza, otro rayo, y otro más, hasta que por fin surge en sus almas el lucero del alba, la luz aumenta aún más, hasta que por fin el lucero del alba de la esperanza da paso al sol mismo de la justicia, que se ha levantado con sanidad bajo sus alas.

He conocido a algunos que obtienen la paz en un instante, y a otros que han pasado meses, sino años, antes de que pudieran caminar con paso firme y seguro, y decir con labios temblorosos: "Yo sé a quién he creído, y estoy persuadido de que es poderoso para guardar lo que le he confiado".

Esta convicción se nos transmite a veces de la manera más extraordinaria. He sabido que ha sido traída al alma por algún dicho singular de un ministro, por algún dicho tan apropiado a nuestro propio caso, que nos hemos visto obligados a decir: "Esa no es la voz del hombre, sino la voz de Dios, porque el hombre no podría conocer mi corazón, esa sentencia ciertamente es dicha por uno que prueba el corazón y escudriña las riendas."

Otras veces alguna extraña providencia ha sido el medio singular de dar alegría y alivio. La historia más extraña que recuerdo haber leído, con respecto a la paz dada después de una larga temporada de abatimiento, fue el caso de la señora Honeywood, de quien usted puede haber leído.

Viviendo en tiempos puritanos, había estado acostumbrada a escuchar a los más estruendosos de sus predicadores. Llegó a estar tan completamente quebrantada en paz por la conciencia del pecado, que durante, creo, unos diez años, si no veinte, la pobre mujer se entregó a la desesperación; estaba absolutamente segura de que no había esperanza para ella. Parecía que en su caso debía obrarse una especie de milagro para darle paz mental.

Un día, un eminente ministro de Cristo, conversando con ella, le dijo que aún había esperanza, que Jesucristo era capaz de salvar perpetuamente a los que por Él se acercaban a Dios. Agarrando un vaso de Venecia que estaba sobre la mesa, hecho del material más delgado que pueda concebirse, la mujer lo estrelló contra el suelo y dijo: "Estoy perdida, tan segura como de que ese vaso está roto en mil pedazos".

Para su infinita sorpresa, el cristal no sufrió daño alguno, sino que permaneció sin una grieta. Desde aquel instante creyó que Dios le había hablado. Abrió los oídos para escuchar las palabras del ministro y la paz inundó su espíritu.

Menciono esto como un caso extraordinario y singular; tal vez no se encuentre algo semejante registrado en ninguna otra parte. Pero Dios tiene Sus caminos y Sus medios. Por algún medio, por los diferentes medios, por los medios más extraños y milagrosos, llevará a Su pueblo a un sentido de perdón. Si rechazan todos los demás caminos, Él obrará un milagro antes de que Sus desterrados no sean traídos a casa.

Permítanme detenerme uno o dos minutos más en la alegría que produce este sentimiento de perdón. Hablo ahora por experiencia. Aquel feliz día en que mi alma encontró por primera vez al Salvador y aprendió a aferrarse a Sus amados pies, fue un día que nunca olvidaré. Un niño oscuro, desconocido, inaudito, me senté y escuché la Palabra de Dios, y aquel precioso texto: "Mirad a mí, y sed salvos todos los términos de la tierra", me condujo a la cruz de Cristo. Puedo testificar que el gozo de aquel día es absolutamente indescriptible. Podría haber saltado, podría haber danzado. No había expresión, por muy fanática que fuera, que hubiera estado en desacuerdo con la alegría de mi espíritu en aquel momento.

Muchos días han pasado desde entonces de experiencia cristiana, pero nunca ha habido un día que haya tenido ese pleno regocijo, ese chispeante deleite que tuvo ese primer día.

Pensé que podría haber saltado del asiento en el que estaba sentado y haber gritado con los más locos de aquellos hermanos metodistas que estaban presentes: "¡Estoy perdonado! ¡Estoy perdonado! ¡Un monumento de la gracia! Un pecador salvado por la sangre".

En cuanto a aquel día, todos los demás sucesos están borrosos en mi memoria. No sé nada de lo que se me dijo, ni de lo que sucedió, sino sólo esto: que mi espíritu vio sus cadenas rotas en pedazos, y que yo caminaba como un hombre libre, un heredero del cielo, un perdonado, aceptado en Cristo Jesús, sacado del barro cenagoso y de la horrible fosa, con mis pies asentados sobre una roca y mis pasos firmes. El gozo del corazón cuando recibe el perdón puede ser imaginado por algunos de ustedes que nunca lo han probado, pero si alguna vez llegan a conocerlo, dirán con la reina de Saba: "la mitad no me ha sido dicha."

Los hombres, cuando se encuentran en este delicioso estado, son muy comunicativos, no pueden contenerse. Son como John Bunyan, que quería contárselo a los cuervos de la tierra arada. Hablan con los mismos árboles. Piensan que el mundo está en armonía con ellos, salen con alegría, y son conducidos con paz, las montañas y las colinas prorrumpen ante ellos en cantos, y los árboles del campo aplauden. Los pájaros cantan, para estar en sintonía con sus corazones. El sol brilla ese día con más intensidad que nunca, y si desciende la lluvia, no es sino el emblema mismo de esas lluvias de misericordia que han alegrado el espíritu.

Al menos ese día, si nunca antes, el hombre se convierte en el gran sacerdote del mundo, se alza en medio de todos sus compañeros sacerdotes como el gran sumo sacerdote del universo. Camina con sus vestiduras blancas, lleva a su alrededor las campanas de la música de alabanza, ofrece el sacrificio que es aceptable a Dios, y su propio corazón es la ofrenda principal que presenta.

¡Oh! en ese día el mundo parece un gran órgano, y los dedos del hombre perdonado recorren las teclas e interpretan la música hasta resonar, hasta que los sonetos eternos de las edades pasadas se desvanecen en mero silencio ante los aleluyas de esa aclamación de alabanza, a la que el pecador perdonado despierta a los mundos.

No crean que soy fanático en esto, hablo con sobrio sentido común. De hecho, me quedo corto en mis descripciones del gozo del espíritu en el que Dios ha derramado una vislumbre de Su amor, y una muestra de Su gracia. ¿Escucho a algún amigo susurrar que tales sentimientos son fanáticos? Ah, amigo mío, si así fuera, sería un fanatismo que habría que buscar devotamente, un fanatismo por el que la mente más sobria podría esforzarse eternamente.

Pero tú nos dices que esto es fanatismo, para que un hombre esté seguro de que es perdonado. Pero detente un momento. ¿Te atreverías a decir que este Libro es en sí mismo fanático, que la Biblia es un libro lleno de entusiasmo y vanas presunciones? Oh, no, tu crees que este es un libro escrito con sobria seriedad. Pues bien, los sentimientos de un hombre perdonado no son sino la consecuencia necesaria y natural de las verdades de este libro.

¿Acaso se enseña aquí algo como el perdón? ¿No hay palabras como éstas: "Bienaventurado el hombre cuya iniquidad ha sido perdonada", "Bienaventurado aquel a quien el Señor no imputa su iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño", "Echaste tras tus espaldas todos mis pecados"? ¿No hay aquí palabras que nos dicen que Jesucristo vino al mundo para buscar y salvar lo que se había perdido, que hay tal cosa como la salvación, tal cosa como la regeneración, tal cosa como pasar de las tinieblas a la luz admirable, tal cosa como ser trasplantado del reino de las tinieblas y llevado al reino del amado Hijo de Dios?

Si la Biblia nos enseña que existen tales cosas, y si tales cosas son realidades en la experiencia de los hombres cristianos, sería una calumnia contra ese libro si los hombres no fueran felices cuando las reciben. De hecho, si la experiencia de un cristiano en el momento de su conversión no fuera singularmente, es más, excesivamente gozosa, podría ser una contradicción a la enseñanza de esta Palabra. Pero lo digo, y lo digo con valentía, todos los transportes que el espíritu más gozoso jamás haya conocido en la hora de su perdón están garantizados por esta Palabra, es más, no sólo garantizados, sino que se quedan cortos con respecto a lo que este libro nos garantizaría recibir.

"Pero", dice uno, "no puedo entender que un hombre pueda estar seguro de que ha sido perdonado". Ese gran y excelente hombre, el Dr. Johnson, solía sostener la opinión de que ningún hombre podía saber jamás que estaba perdonado, que no existía tal cosa como la seguridad de la fe. Tal vez si el Dr. Johnson hubiera estudiado su Biblia un poco más, y hubiera tenido un poco más de la iluminación del Espíritu, él también podría haber llegado a conocer su propio perdón. Ciertamente no era un conocedor muy excelente de teología, como tampoco lo era en porcelana, que una vez intentó hacer y nunca lo consiguió. Creo que tanto en teología como en porcelana su opinión tiene poco valor.

Tú dices, ¿cómo puede un hombre saber que es perdonado? Hay un texto que dice: "Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo". Yo creo en el Señor Jesucristo, ¿es irracional creer que soy salvo? "El que cree tiene vida eterna", dice Cristo, en el Evangelio de Juan. Creo en Cristo, ¿es absurdo creer que tengo vida eterna? Encuentro al apóstol Pablo hablando por el Espíritu Santo y diciendo: "Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús. Justificados por la fe, tenemos paz para con Dios". Si yo sé que mi confianza está puesta únicamente en Jesús, y que tengo fe en Él, ¿no sería diez mil veces más absurdo que no estuviera en paz, estando lleno de un gozo indecible?

No es sino tomarle la palabra a Dios, cuando el alma sabe, como consecuencia necesaria de su fe, que está salvada. Pero además de eso, supongamos que fuera cierto que Dios mismo, saliéndose del orden de la naturaleza, habla absolutamente a cada hombre individual, y sella en sus corazones el testimonio de que son perdonados; supongamos que fuera así, por difícil que te parezca la suposición, ¿sería entonces antinatural que el espíritu se regocijara?

Ahora, tal es el hecho, literal y positivamente, pues el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos nacidos de Dios. Y les diré esto, aunque se me censure por fanatismo en ello, hay momentos con cada hijo de Dios, cuando no podría dudar de su aceptación con Cristo, cuando su ser salvo es una verdad más palpable y segura que incluso el hecho de que existe, cuando todos los argumentos que pudieran posiblemente traer no podrían sacudirlo, porque tiene el testimonio infalible del Espíritu Santo de que ha nacido de Dios.

¿No habéis visto nunca a una pobre sirvienta abordada por un astuto infiel, que empieza a rebajarla en todos sus principios, y se ríe de ella y le dice que es una pobre ilusa? Ella le contesta, lo soporta, le responde una y otra vez con su estilo sencillo. Puedes ver que sus argumentos no son concluyentes ni lógicos, pero espera a que llegue al final y la oigas decir: "Bien, señor, usted sabe mucho más que yo, y yo no soy capaz de hablar como usted, no quiero pensar como usted piensa, pero señor, si lo que ha dicho es cierto, no puede refutar lo que siento aquí dentro, siento que soy una hijo de Dios, sé que lo soy, y usted puede tan pronto razonarme sobre el hecho de que lo que veo existe, y lo que siento tiene una causa real, como razonarme sobre este hecho, que conozco en lo más íntimo de mi alma, a saber, que he pasado de la muerte a la vida, y soy una hija de Dios".

¡Ven aquí, ciego! Sus ojos están abiertos, ahora trata de convencer a ese hombre que no ve. "No", dice él, "una cosa sé. Otras cosas puedo estar equivocado, pero una cosa sé, que mientras estaba ciego, ahora veo".

Traed a ese enfermo que lleva quince años tullido en la cama. Se obra un milagro, se restablece y empieza a saltar. Traigan a nuestro amigo de la academia y dejen que argumente en su contra: "Tu pierna no está en buen estado. Te digo que no estás bien, que no estás curado, que no te sientes feliz, que no te sientes restaurado y recobrado en fuerzas". "Oh", dice él, "no me importan todos tus argumentos, ni todas las frases en latín que usas, estoy curado, eso es una cuestión de mi conciencia, y no voy a ser vencido por ello".

Lo mismo sucede con el cristiano, hay momentos en que puede decir: "Estoy salvado, estoy perdonado". El Señor le ha dicho: "Yo soy tu salvación", y ningún razonamiento, por sofisticado que sea, ningún argumento, por omnipotente que parezca ser, puede sacudirle, o hacerle renunciar a su confianza, "que tiene grande recompensa de galardón".

Y ahora, mis queridos oyentes, antes de dejar este punto, detengámonos unos minutos en la segunda parte de mi tema. Quiero hacerles una o dos preguntas. ¿Han tenido alguna vez esta conciencia de perdón en sus vidas? "No", dice uno, "nunca la he tenido, desearía tenerla, pienso esperarla". Pueden quedarse esperando hasta estar perdidos antes de tenerla. Tu asunto es ir a Cristo tal como eres, y confiar en Él, y lo tendrás. Quedarse quieto y no obedecer ese gran mandamiento: "Cree en el Señor Jesucristo", es la misma manera de hacer que tu condenación sea doblemente segura. Nunca esperes que encontrarás esta perla preciosa a menos que vendas todo lo que tienes y compres ese campo divino, Cristo Jesús, y allí encuentres esta perla de gran precio.

"Ay, pero" dice otro, "siento que nunca lo he tenido, y no lo quiero". Fíjate en esto, oyente mío, como testigo de Dios te hablo hoy, y si rechazas mi advertencia ahora, en esa hora cuando yazcas temblando en un lecho de moribundo, tal vez este dedo levantado y estos ojos puedan ser una visión para ti entonces. Si nunca tienes en tu alma una conciencia de perdón en este lado de la tumba, me temo que llegarás a la tumba lleno de pecado, y después de la muerte vendrá el juicio, y después del juicio la ira venidera.

Esto que te parece entusiasmo y fanatismo es esencial para la salvación de tu alma. Oh, no lo apartes de ti. No lo desprecies. Anhélalo. Lloro por ello. Anhélalo. Y que Dios nuestro Señor te conceda saber que eres Su hijo, y que has pasado de muerte a vida. Mejor deseo no puede desearte ningún corazón. Una bendición más grande que esa, ningún labio de ministro podría pronunciar sobre ti. Que Dios te saque de tu estado de letargo, sueño y oscuridad, y te lleve a buscar y encontrar al Salvador, a quien conocer es recibir perdón en la conciencia y gozo en el alma.

II. Y ahora desearé su paciente atención sólo por unos momentos, mientras tomo la segunda parte de mi tema y me detengo en ella brevemente. A veces he oído a cristianos no instruidos preguntar cómo es que cuando un hombre es perdonado una vez, debe sin embargo pedir todos los días que sus pecados le sean perdonados. Nosotros enseñamos, y nos atrevemos a afirmarlo una y otra vez, y a confesar la enseñanza, que en el momento en que un pecador cree que todos sus pecados han sido quitados, pasados, presentes y venideros, todos ellos han desaparecido hasta donde concierne a Dios el Juez, no queda un solo pecado contra ninguno de Su pueblo, ni lo habrá. "No ve pecado en Jacob, ni iniquidad en Israel".

Y, sin embargo, nuestro Maestro nos dice que doblemos las rodillas y digamos: "Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden". ¿Cómo podemos pedir lo que ya poseemos? ¿Por qué pedir un perdón del que ya gozamos? La dificultad reside en el olvido de la relación que los cristianos mantienen con Dios. Como pecador vengo a Cristo y confío en Él.

Dios es entonces juez, toma el gran libro del tribunal, tacha mis pecados y me absuelve.

En el mismo momento, por su gran amor, me adopta en su familia. Ahora mi relación con Él es muy diferente de la que tenía antes. No soy tanto su súbdito como su hijo. Él ya no es para mí un juez, sino que se ha convertido en mi Padre. Y ahora tengo nuevas reglas, nueva ley, ahora tengo una nueva disciplina, ahora tengo un nuevo trato, ahora tengo una nueva obediencia.

Voy y hago mal. ¿Y entonces qué? ¿Viene el Juez y me convoca de inmediato ante Su trono? No, no tengo Juez. Él es un Padre, y ese Padre me lleva ante Su rostro y me frunce el ceño; es más, toma la vara y comienza a azotarme. Él nunca me azotó cuando era Juez. Entonces sólo amenazaba con usar el hacha, pero ahora ha enterrado el hacha. Ahora que soy Su hijo, Él no tiene un hacha para matarme, Él no puede destruir a Sus propios hijos. Pero Él usa la vara conmigo.

Si hago lo que está mal, como lo estoy haciendo cada día hacia Él como Padre, estoy obligado a ir a Él como a un Padre de rodillas de un niño y decirle: "Padre nuestro que estás en los cielos, perdóname estas ofensas como yo perdono a los que me ofenden". Como cada día tú y yo, si somos hijos de Dios, estamos pecando continuamente, no contra Él como Juez, sino contra Él como Padre, nos corresponde buscar el perdón diario.

Si no obtenemos ese perdón diariamente, al fin el Padre impone la vara, como lo hizo en el caso de Ezequías. Golpeó a Ezequías hasta enfermarlo de muerte. Ezequías se arrepintió, la vara fue quitada, y entonces Ezequías sintió en su alma: "Echaste tras tus espaldas todos mis pecados."

Este era el caso de David. El pecado de David con Betsabé había sido perdonado años atrás y puesto a un lado, a través de la esperada sangre de Cristo. Pero cuando pecó, Dios lo apartó por un tiempo, le quitó Su presencia, como un padre enojado contra su hijo. Cuando David, sin embargo, se arrepintió, después de haber sido herido, el Padre lo acogió de nuevo en Su seno, y David pudo cantar una vez más: "Echaste mis pecados a tus espaldas."

Ahora noten que este perdón difiere del primero. El primero fue el perdón de un Juez, este es *el perdón de un padre*.

El primero apagó las llamas del infierno, éste sólo retira la vara paterna. La primera convirtió al rebelde en criminal perdonado e invirtió la sentencia, la segunda acoge al hijo descarriado más tiernamente en el seno de un Padre.

Hay diferencias esenciales, porque el perdón del segundo no se relaciona tanto con el castigo y la culpa, como con la raíz de la iniquidad interior, y la eliminación de ese ceño fruncido que sólo fue puesto sobre nosotros con el fin de hastiarnos de nosotros mismos y encariñarnos con Cristo.

Pero cuando el cristiano obtiene este sentido del perdón, le da una alegría, no tan tumultuosa como la primera que tuvo, sino tranquila, profunda, imperturbable y calmada. Tal vez no participe de ese mar rugiente de deleite arrebatador en el que navegó cuando fue perdonado por primera vez, pero su paz es como un río, y su justicia como las olas del mar.

Y esta paz produce en él los efectos más benditos y saludables. Se vuelve agradecido a Dios por el castigo recibido, que le enseñó de nuevo su necesidad de Jesús. Evita en adelante los pecados que le hacían contristar a su Dios. Camina con más cautela y ternura que antes, vive más cerca de Dios, cultiva un mayor conocimiento del Espíritu Santo, está más en oración, es más humilde y, al mismo tiempo, más confiado que antes. Se le retiró la luz para que pudiera recibir una doble porción de ella. Se le quitó la alegría para que aumentara su santidad.

Queridos hermanos y hermanas en Cristo, ¿estáis trabajando esta mañana bajo el desamparo del alma? ¿Hubo un tiempo en que pudisteis leer con claridad vuestro título? ¿Os han acosado las nubes y las tinieblas? No dudéis del amor de vuestro Padre en todo eso, no desconfíes de Él, no vayas arrastrándote de rodillas como cuando fuiste la primera vez, como quien nunca había recibido el perdón.

Ven con valentía, pero con humildad, a tu Dios. Suplica Su promesa, confía en la preciosa sangre de Cristo, y mira hacia arriba y di: "Padre mío, Padre mío, devuélveme el gozo de Tu salvación, y sostenme con Tu libre Espíritu". Y recuperarás la confianza de tu juventud, y volverás a sentir que el Espíritu Santo mora en ti. Te elevarás de nuevo por encima de las pruebas y problemas de esta vida mortal, y comenzarás a entrar en el descanso que queda para el pueblo de Dios.

Una solo enunciado más y despediré a la congregación presente. ¿Tengo aquí a un hombre que declara que ha sido perdonado y, sin embargo, se entrega a los pecados que pretende que le han sido perdonados? Señor, o se ha engañado a sí mismo, o está diciendo lo que sabe que es falso. El que es perdonado odia el pecado. No podemos ser lavados si aún persistimos en vivir hasta el cuello en la inmundicia. No puede ser posible que un hombre sea perdonado mientras siga revolcándose en un pecado abominable.

"Oh, sí", pero él dice: "No soy legalista, creo que la gracia de Dios me ha limpiado, aunque sigo en el pecado".

Señor, está claro que no eres legalista, pero te diré qué más eres, no eres hijo de Dios, no eres cristiano, pues el cristiano es un hombre que odia completamente el pecado. Nunca hubo un creyente que amara la iniquidad, nunca hubo algo tan extraño como un pecador perdonado que todavía amara estar en rebelión contra su Dios.

"Sí", pero oigo que otro dice: "Señor, eso puede ser cierto, pero yo no profeso ser perdonado de ninguna manera como la que usted menciona. Creo que mis pecados son tan pequeños que no tengo necesidad de buscar misericordia, o si la busco, no espero encontrarla aquí. Me atrevo a decir que me irá tan bien como a los mejores cuando vaya a otro mundo".

¡Pobre necio, pobre necio, ya estás condenado! La sentencia de Dios ha venido contra ti: "Todo aquel que no cree en el Hijo de Dios es condenado, porque no cree". Y, sin embargo, tú, cuando tu sentencia está escrita, y la campana de tu muerte está sonando ahora, dices que tus pecados son pequeños. Son tan grandes, señor, que los fuegos del infierno nunca los exiarán, y tu propia miseria, en alma y cuerpo para siempre, nunca será un equivalente completo por la iniquidad que has cometido contra Dios. Y por eso no quieres saber que estás perdonado, te contentas con correr el riesgo con los demás. ¡Una oportunidad, en verdad, lo es!

Pero sepa, señor, que siento en mi corazón algo tan diferente de usted a ese respecto, que si dudara en este momento de que mis pecados han sido perdonados, no podría dar sueño a mis ojos, ni adormecimiento a mis párpados, hasta estar seguro de que he recibido el amor de Dios en mi corazón. Si en algún momento una duda cruza mi alma, soy el más desdichado de los seres. Ciertamente, saberse perdonado es como luz para los ojos, como amistad para el espíritu, como bebida para el sediento y pan para el hambriento.

Salgan de este salón y digan: "estoy caminando sobre la boca del infierno, y puedo deslizarme dentro en cualquier momento; estoy colgando de la perdición por un solo cabello, y puedo ser arrojado rápidamente a sus llamas; sin embargo, no me importa si estoy condenado o no". Dilo sin rodeos en un claro inglés: di que estás en duda en cuanto a si irás al cielo o al infierno; di que si debes ir a casa hoy, y en tu aposento superior recostarte en tu estrecho lecho para morir, di que no estás seguro de si verás el rostro de tu Dios con aceptación, y, sin embargo, estás contento. Habla como un hombre honesto, y como un necio, pues tal lenguaje es sólo el desvarío de un loco y de un necio.

Oh, les suplico que nunca se contenten hasta que hayan buscado y encontrado a un Salvador. Ay, y hasta que estén seguros de haberlo encontrado, no se contenten con un "tal vez", o un "quizás". No apoyen su alma en las probabilidades, sino trabajen con seguridad por la eternidad.

Les ruego, señores, por las solemnidades de la eternidad, por los fuegos del infierno, y por las alegrías del cielo, pongan su pie en una roca, y sepan que está allí. No hagáis conjeturas, ponedlo más allá de toda casualidad.

Oh pecador moribundo, no permitas que sea una cuestión contigo si serás salvado o si serás condenado. Oh hombre frágil, que te tambaleas al borde de la tumba, no dejes que sea una cuestión de incertidumbre si el cielo te recibirá o el infierno te engullirá. Asegúrate de una cosa o de la otra. Si puedes hacer tu lecho en el infierno, si puedes soportar el ardor eterno, si puedes sufrir la ira de Dios cuando te despedace como a un león, entonces sigue en tu necesidad.

Pero si quieren tener una porción entre los santificados, si quieren ver el rostro de Cristo y caminar por las calles doradas, estén seguros de que están en Cristo, estén seguros de que confían en Él, y no estén satisfechos hasta que eso quede fuera de toda duda, fuera de todo argumento y de toda discusión.

El Señor añada su bendición a mis débiles palabras, por amor de Jesús. Amén.

EstudiaLaPalabra.org